

P A N A M A :

LAS VERDADERAS RAZONES DE LA INVASION

RAUL SOHR

La invasión estadounidense a Panamá emitió señales claras. Las *señales*, un concepto muy corriente entre los servicios de inteligencia, que incluye la detección de las intenciones del adversario, son obvias: Washington está dispuesto a apoyar por las fuerzas de las armas su hegemonía política en el hemisferio.

Es claro que la operación militar "Causa Justa", como el Pentágono denominó la invasión, se enmarca en una estrategia estudiada con gran cuidado.

En los círculos políticos y militares norteamericanos se ha discutido mucho, desde el fin de la guerra de Vietnam, como enfrentar a estados hostiles del Tercer Mundo.

Recomendaciones de cómo proceder ante estos desafíos fueron elaboradas, a mediados de 1988, por un grupo de gran relevancia: la "Comisión para una estrategia integrada de largo plazo". Entre sus miembros destacan los ex secretarios de Estado Henry Kissinger, Zbigniew Brzezinski, el profesor Samuel Huntington, el secretario de Estado adjunto Fred Icklé y tres destacados generales retirados (Andrew Goodpaster, John Vessey, Bernard Schriever) y un almirante (James Holloway).

Bajo el auspicio del Pentágono la comisión analizó la situación del mundo y su evolución en las próximas décadas. En uno de los informes, titulado "Apoyar la estrategia de EEUU en los conflictos del Tercer Mundo" se comienza por constatar que: "Casi todos los conflictos ocurridos en los últimos cuarenta años se han desarrollado en lo que vagamente se designa como el Tercer Mundo: los diversos países de Asia, el Medio Oriente, África, América Latina y el Caribe. En el mismo período, todas las guerras en que EEUU ha estado envuelto —ya sea directamente con fuerzas de combate o indirectamente mediante diversas formas de ayuda militar— fueron en el Tercer Mundo.

El autor es chileno, periodista, especializado en análisis de temas militares; ha publicado, entre otras obras y ensayos, *Centroamérica en guerra* (Alianza Editorial Mexicana, México DF, 1987).

Para los americanos (estadunidenses; N. de la R.), estas han sido guerras controvertidas: la única intervención de EEUU que no ha provocado rencor y desacuerdo entre nosotros es el apoyo a la resistencia afgana ante la agresión soviética."

En cuanto a América Latina el informe señala que en diversos países "actúan guerrillas, traficantes de armas, terroristas y otros subversivos". Es llamativo que el informe destaque sólo a tres países: Panamá, Cuba y Nicaragua como aquellos "donde funcionarios de gobierno, al más alto nivel, han cooperado con los traficantes de droga."

SENTAR UN REFERENTE

Al considerar el problema de narcotráfico se le asigna el carácter de "amenaza para la seguridad nacional de los EEUU". La afirmación es funda-

mentada en los términos siguientes: "Los traficantes de drogas han creado una red intercontinental que se presta para propósitos subversivos, y porque las drogas provocan un enorme gasto al gobierno norteamericano (estadunidense; N. de la R.), problemas de salud, crimen, producción perdida, y porque los terroristas atacan americanos (estadunidenses; N. de la R.) para influenciar la política de seguridad de la nación, ambas amenazas afectan la seguridad nacional."

Aunque grupos terroristas pueden cooperar con grupos de narcotraficantes, es claro que se trata de dos fenómenos de génesis, objetivos y operatividad muy diferentes. El mezclarlos al punto de confundirlos, cabe suponer, no responde a la falta de rigurosidad de los analistas. Es más bien un esfuerzo deliberado por sentar un referente público para justificar acciones militares.

Se trata de sentar las bases de

legitimidad, casi equivalentes a la defensa propia, para intervenir en los países acusados de alentar el narcotráfico.

Presentar así las cosas ayuda a obtener el apoyo de la opinión pública doméstica. Reduce "el rencor y el desacuerdo" entre los estadounidenses que justifican la lucha contra el flagelo de la droga con todas sus secuelas.

TORNADO EN OBSTACULO

En las recomendaciones de la comisión se subraya, entre las opciones estratégicas, la preparación para los "conflictos de baja intensidad". Es decir aquellos que no alcanzan el nivel de una guerra convencional.

Los mismos analistas resaltan que un punto decisivo para EEUU es la validez de sus motivos para intervenir: "Nuestra capacidad para justificar la legitimidad de participar en un conflicto de baja intensidad en casa y en el extranjero depende de la legitimidad de quienes esperamos apoyar."

A la inversa, la impopularidad u odiosidad del enemigo es una condición necesaria. La invasión a Panamá fue precedida por una formidable campaña para deslegitimizar al general Manuel Antonio Noriega.

Muchas de las acusaciones hechas por EEUU contra Noriega eran conocidas con anterioridad por las autoridades norteamericanas. El oficial panameño actuó por largos años como informante de la CIA. Un ejemplo de entendimiento fue el presunto fraude que derrotó al sempiterno opositor Arnulfo Arias para favorecer a Nicolás Ardito Barletta, en mayo de 1984, que contó con la anuencia de Washington y el apoyo de los militares panameños.

Una de las acusaciones más precisas sobre la participación del ex hombre fuerte panameño en el tráfico de drogas la formuló el *New York Times*. El diario, en su edición del 12 de junio de 1986, escribía: "Noriega controla la mayor parte del dinero lavado en Panamá e invierte en ciertas compañías mezcladas en el narcotráfico, dijeron funcionarios federales y de la Casa Blanca al diario. A principios de la actual década invirtió en una planta procesadora de opio situa-

da entre la frontera de Panamá y Colombia."

Cabe suponer que las autoridades militares norteamericanas, presentes en forma permanente con diez mil soldados en el Comando Sur y una formidable red de inteligencia, no ignoraban las actividades de Noriega desde comienzos de la década. Sólo que es lícito presumir que decidieron emplearla cuando Noriega se tornó en un obstáculo. Primero en 1984 cuando forzó la salida de la Escuela de las Américas (principal centro de entrenamiento para oficiales latinoamericanos) causando un severo daño al sistema militar interamericano. Y más tarde con su respaldo a los sandinistas y la prohibición de que soldados salvadoreños fueran entrenados en la zona del canal.

CAMBIO DE TEMA

Lo que parece haber precipitado los acontecimientos, más allá del fraude electoral del oficialismo y la insólita declaración de un estado de guerra con EEUU, fue la transferencia del Canal de Panamá a manos criollas. El 31 de diciembre de 1989 se invertía la proporción de la comisión que controla la vía interoceánica. De cinco estadounidenses y cuatro panameños se pasaría a una mayoría de los locales.

Ello no hubiese significado ningún cambio drástico. Pero si marcaba el fin de la hegemonía de EEUU y era un hecho irreversible. Para Washington ya no era posible cooperar con las Fuerzas de Defensa de Panamá que el último día de 1999 pasarían a resguardar el Canal. La hostilidad entre ambos Estados había llegado a un punto que no daba garantías a EEUU (en 1987 fue suspendida ayuda militar norteamericana que en dicho año fue de seis millones de dólares).

El autor recuerda una anécdota esclarecedora que ocurrió en una conversación en Panamá con un funcionario de nivel medio del Comando Sur: "EEUU cumplirá en forma rigurosa sus acuerdos" dijo el funcionario y agregó que "ellos estipulan la devolución de todos los territorios ocupados por fuerzas estadounidenses y la salida del último soldado antes de la media-

noche del 31 de diciembre de 1999".

Consultado si existía alguna cláusula que admitía modificaciones al tratado Torrijos-Carter de 1977, el funcionario sonrió; no dijo nada, buscó en su kardex y extrajo una voluminosa carpeta en que resaltaba con nitidez un párrafo subrayado con un destacador amarillo: "Nada en el tratado impedirá que la República de Panamá y EEUU realicen, de acuerdo con sus respectivos procesos constitucionales, cualquier acuerdo o arreglo para facilitar, después del 31 de diciembre de 1999... el estacionamiento de fuerzas militares de EEUU o la mantención de posiciones de defensa."

¿Qué significa esto? ¿Quiere decir que si Washington tuviera un gobierno afín en Panamá podría hacer valer esta cláusula?, preguntó el autor. El funcionario se encogió de hombros y cambio de tema explicando el importante aporte que los reservistas, de la Guardia Nacional, realizan al desarrollo del pueblo panameño.

CADA VEZ MAS CLARA

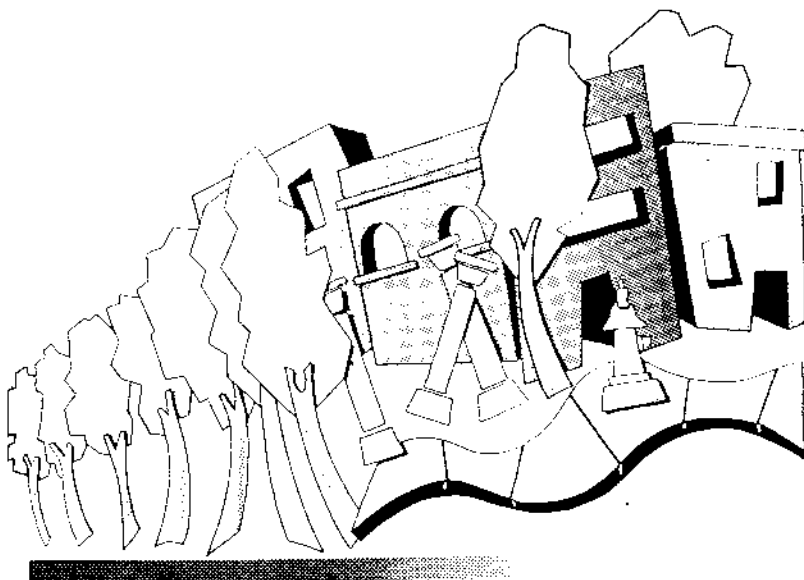
El enigmático pero significativo episodio ocurrió a finales de 1987. Las relaciones entre EEUU y Panamá eran tensas: en junio de 1987 el coronel Roberto Díaz Herrera, vice-comandante de la Fuerza de Defensa, fue pasado a retiro luego de intentar una asonada contra su comandante Noriega.

El incidente marcó el inicio de una campaña que culminó en una huelga general de varios meses, dirigida por la Cruzada Civilista, por drásticas sanciones económicas aplicadas por EEUU y dos intentos castrenses de golpe de Estado.

Ninguno de estos recursos consiguió apartar a Noriega de la jefatura militar y el ejercicio efectivo del poder.

Si se consideran los objetivos del Comando Sur de EEUU puede deducirse que los negocios ilícitos de Noriega no eran de gran relevancia política o militar.

El general Fred Woerner, que dirigió el Comando Sur hasta fines de 1989, definió la misión del Comando en los puntos siguientes:



- mantener la seguridad de EEUU en su frontera meridional.

- respaldar las operaciones de contrainsurgencia en El Salvador y ayudar a otros militares latinoamericanos a combatir insurgencias, terrorismo y tráfico de narcóticos.

- revertir la influencia soviética, cubana y nicaragüense y sus esfuerzos por desestabilizar los procesos democráticos en América Latina.

- defender el Canal de Panamá.

El último punto, la defensa y preservación del canal en operaciones para la marina de los EEUU tiene más importancia que la que le asignan ciertos analistas. Uno de los argumentos esgrimidos por el gobierno de Jimmy Carter, para convencer a sus compatriotas de la conveniencia de entregar el Canal a los panameños, fue que en la era de los misiles intercontinentales la posesión física de un punto geográfico era algo anacrónico.

No se requería ser un estratega para adivinar que varias ojivas nucleares soviéticas estaban destinadas al Canal. Uno de los primeros blancos sería esta vía para impedir el tráfico entre la costa Este y Oeste de los Estados Unidos.

Resulta que la actual *detente*, la continua evaporación de un posible conflicto armado entre Washington y Moscú ha realzado el papel del Canal.

Hoy se torna cada vez más clara la probabilidad de conflictos entre los hemisferios Norte y Sur. Es lo que al comienzo se reseñaba como la conclusión del grupo de analistas estadounidenses: los conflictos de baja intensidad.

DE GRAN IMPORTANCIA

La mencionada "Comisión para una estrategia integrada de largo plazo" destaca: "La mayor parte de las áreas del Tercer Mundo donde fuerzas de EEUU podrían ser desplegadas son accesibles por mar, o pueden ser apoyadas desde plataformas marítimas."

Las ventajas de actuar desde el mar no son grandes en términos políticos. Actuar "desde más allá del horizonte" reduce en forma significativa los riesgos de la fuerza intervencionista. No hay soldados hospedados en territorio hostil, evitándose experiencias tan traumáticas como la voladura de un cuartel en El Líbano en que perecieron más de un centenar de infantes de marina.

Es más, la fuerza naval puede situarse fuera de las aguas territoriales de una nación y no interferir con su soberanía. Fue el caso de la intervención naval estadounidense y otros aliados de la OTAN en el Golfo

Pérsico. EEUU logró un notable éxito en la contención de Irán sin comprometer tropas en forma directa, evitó el inaceptable costo de prisioneros (rehenes) y la exacerbación de sentimientos contrarios que acompañan la ocupación territorial.

En las palabras de la Comisión, "unidades norteamericanas (estadunidenses; N. de la R.) que operan desde el mar serían política, económica y culturalmente menos disruptivas."

En este contexto el Canal de Panamá representa ahorros considerables de tiempo en el desplazamiento de fuerzas navales. Ello se traduce también en la reducción del número de buques requeridos y por lo tanto un menor costo que, según algunas estimaciones, podría alcanzar a los 20.000 millones de dólares.

El rápido tránsito de portaviones, especialmente diseñados para cruzar el Canal de Panamá, y grandes unidades otorga flexibilidad en la dislocación de las flotas del Pacífico y el Atlántico.

El control efectivo del Canal de Panamá sigue siendo de gran importancia para el Pentágono. El rol político y militar de la armada norteamericana permite a su vez visualizar el protagonismo que corresponderá a otras marinas. [4]